

Hermanas

Marina Frankel



Capítulo 1

“No puede ser, no puede ser”, repetía a cada paso, una presión en el pecho me hacía ir más rápido. Paré en el semáforo, las imágenes no se detenían: Elsa en el consultorio, Elsa que sangra, Elsa en la guardia. Me senté en la entrada de una casa. La cara me ardía, al sacarme la campera, ví la cartera de mi hermana Elsa que me colgaba del hombro, la abracé y lloré.

Sonó el celular, era mamá, no la atendí, corté con violencia. Me limpié los ojos y la nariz para reponerme y llamar a mi amiga Laura. Le dije lo necesario para que pasara a buscarme. No sabía dónde estaba, tuve que levantarme para mirar un cartel que dijera la calle y el número.

Laura tocó bocina y sacó la mano por la ventanilla. Al subir al auto me abrazó, me alejé y me acomodé en el asiento. Le pedí que me llevara hasta la casa de mi hermana. El celular volvió a sonar, lo apagué, no podría soportar una escena de mamá.

Al llegar, entré al departamento y busqué refugio en la pieza de Elsa, me acosté en la cama y hundí la cara en la almohada. Las sábanas olían a ella, era la primera vez que distinguía su olor. Necesitaba más de ese aroma, abrí el placard, lo encontré de nuevo, metí la mitad del cuerpo entre la ropa, respiré profundo y abracé las camisas, los vestidos y los sacos colgados. Por miedo a que se esfumara, cerré la puerta y volví a la cama, escondí la cara entre las sábanas y lloré.

Desperté sobresaltada, tenía que llamar a mamá, había cuestiones por resolver. Respiré profundo para pensar qué le iba a decir. No le iba a contar la parte del consultorio, ni que Elsa había asegurado que era la mejor opción con la poca plata que tenía. Tampoco le iba a nombrar al hombre disfrazado con ambo que, después de atenderla, nos había despachado sin dar una sola pauta de alarma. Ni le iba a decir que cuando las calzas de Elsa y el asiento del taxi se inundaron de sangre, tuvimos que correr a la guardia y que una médica nos dijo que estaba cansada de solucionar las cagadas de las que abren las piernas.

“Hija, hijita, ¿por qué no me entendías? ¿qué está pasando?”, dijo mamá al atender. Vomité la noticia y las instrucciones: “tenés que ir a reconocer el cuerpo en la morgue y no, no te voy a acompañar”, “tramitá el sepelio, sin curas, ni rezos, y no, no te voy a dar plata”. Si nunca había podido hacerse cargo de nuestras vidas, que por lo menos se hiciera cargo de la muerte. Me levanté de la cama antes de arrepentirme por haberla tratado así.

Llamé al trabajo, no podía volver y atender al público como si nada hubiera pasado. A la desagradable de recursos humanos no le alcanzó con

saber que mi hermana había fallecido, hizo preguntas: ¿Estaba enferma? ¿Fue un accidente? ¿Qué sucedió? Mentí.

Necesitaba aire, fui hasta al patio, prendí la luz, me sorprendió cuánto había crecido el jardín que Elsa había armado en esos pocos metros cuadrados. Recordé las veces que me había insistido para que me mudara con ella o a otro lado pero que dejara de vivir con mamá: "Esa señora hace mal a la salud, Amalia", decía cuando le contaba anécdotas sobre la convivencia.

Laura me tocó el hombro para avisar que ya estaba la cena, me pidió que comiera algo y descansara. Revolví el plato, no tenía hambre. Al terminar le insistí para que se fuera.

Por suerte en la mesa de luz encontré un clonazepam que me ayudó a dormir.

Me despertó el celular. Era mamá, por mensaje de audio me avisaba que había organizado una misa y entierro y pedía que su única hija viva la acompañara. Tiré el celular lejos.

Me bañé para sacarme la rabia de encima. Envuelta en una toalla abrí el placard y busqué qué ponerme, en uno de los estantes reconocí la caja de zapatos en la que Elsa guardaba recuerdos de la adolescencia. Vestida con la ropa de mi hermana me senté en el piso y abrí la tapa para encontrarme con fotos y objetos que apenas recordaba: cassette y cds, boletos capicúa que nunca dieron suerte, cartas de enojo y reconciliación.

Sonó el timbre, era Laura, abrí la puerta y la abracé, otros brazos se sumaron, eran las amigas de Elsa. Pasamos a la habitación y sentadas en el piso revisamos la caja de recuerdos, nos buscamos entre las fotos, cada imagen traía una anécdota. Nos reímos y lloramos. Imaginé a mamá sola en el cementerio, sentí alivio de no estar ahí.

Al atardecer, las amigas de Elsa se fueron. Le pedí a Laura que se quedara, abrí una botella de vino y la invité a cenar las sobras del mediodía. "Voy a vivir un tiempo acá. ¿Te puedo pedir un último favor?", dije. Desaparecí de la cocina y volví con una valija en la que entrarían mis cosas. La botella de vino se terminó y nos despedimos.

Al día siguiente, Laura fue a la casa de mamá a buscar mi ropa, perfume, libros, documentos. La esperé sentada en la puerta, cuando llegó bajé la valija del auto, quiso quedarse para ayudarme, le agradecí, dije que no.

En la habitación abrí el placard y acomodé las perchas con la ropa de Elsa, hice presión para que se amontonaran y lograr espacio para las mías.

Puse mis cosas en los espacios libres de los estantes y la biblioteca.

Sonó el celular, era mamá. Esa vez, atendí.